

hallaba dispuesta para la guerra, hasta el punto de que en 1667 había pensado vencerla el obispo de Múnster.

Conquistados los Países Bajos españoles, prolongada la costa francesa hasta la desembocadura del Escalda, convertida Amberes en plaza francesa, como Burdeos y Marsella, y por añadidura triunfante la política de Colbert, Francia veía cambiar sus destinos (1).

Luis XIV, en sus campañas de 1667 y 1668, mostró el modo como hacía la guerra: «En los trabajos guerreros no demostró aquel valor de Francisco I y de Enrique IV, que buscaban toda clase de peligros; contentábase con no temerlos y con incitar á todo el mundo á que por él se arrojasen á ellos con entusiasmo.» Esa opinión de Voltaire es justísima. El miedo es un desorden que Luis XIV, tan ordenado y tan dueño de sí mismo, no conoció jamás, pero no fué un «rey valiente» como lo habían sido Enrique IV y Luis XIII; él mismo se felicitó ingenuamente á sí propio por haberse hallado un momento en peligro durante la campaña de Flandes.

Cuando, después de la toma de Douai, fué á Compiègne á buscar á la reina, hizo una excursión á caballo hasta París y Saint-Cloud: «Quise darme, dijo, el gusto no sólo de descansar al lado de la reina y de mis hijos, sino también de hacer ver dentro de mi reino que las ocupaciones que me retenían fuera no me impedían venir á París, cuando lo creía oportuno, ya para ordenar los negocios interiores, de los cuales me hacía dar cuenta directamente, ya para mantener en el cumplimiento del deber á aquellos que sentían cierta inquietud de espíritu.» Los que sentían cierta inquietud de espíritu eran Monseñor y su pequeña corte; y aunque aquella inquietud no era peligrosa, pues empezaba por no serlo Monseñor, el rey atendía á las cosas nimias al mismo tiempo que á las importantes. El monarca no ha dicho, por otra parte, que le agradaba ver, al par que á la reina, á la señorita de La Valliere, á quien amaba todavía, y á la señora de Montespán, á la que empezaba á amar. Su regreso á Flandes para presentar á la reina las ciudades conquistadas, fué una serie de entradas triunfales, una ostentación de carrozas de oro y de cristal, de diamantes, de encajes, de casacas doradas y de gualdrapas bordadas en oro fino; Coligny escribe que todo cuanto se sabe «de la magnificencia de Salomón y de la grandeza del rey de Persia, no puede compararse con la pompa que acompaña al rey en este viaje.» En aquel momento, la campaña parecía un «viaje de la corte.»

El rey no había llevado damas al Franco Condado, lo que era una «austeridad,» pero en lo demás «se observaba todo el ceremonial de Saint-Cloud; así el rey celebraba su recepción antes de acostarse, sus grandes y pequeñas reuniones de día, y un salón de audiencias en su tienda.» La única diferencia consistía en que sus comidas eran más largas: «Durante aquella expedición, ha dicho él mismo, como la estación era muy agradable, procuré suavizar sus rigores, para las personas de calidad, dándoles bien de comer; y como, estando en

(1) Ya hemos visto en la pág. 33 que se censuró á Mazarino por haber entrado en tratos con España dejándole los Países Bajos. De Witt, en la memoria antes citada (pág. 298) opina que si Francia «no hubiese consentido en la paz (1659), todo lo que al rey de España le queda en los Países Bajos habría sido conquistado en dos campañas.»

campaña, no hay que dedicar tanto tiempo á los negocios de gabinete, platicaba más libremente con todo el mundo en conversación así general como particular.» Luis XIV no era hombre á quien gustasen las privaciones.

Los efectos del sistema de guerrear de Luis XIV fueron importantes: arriesgar lo menos posible la persona real, ó no arriesgarla poco ni mucho; interrumpir una campaña para ir á asombrar á los parisienses y á ver á sus queridas; rodearse del estorbo de una corte en país enemigo y abandonar la campaña demasiado pronto, no eran los medios más á propósito para vencer rápidamente y de un modo radical.

CAPÍTULO IV

LA GUERRA DE HOLANDA (2)

I. Antes de la guerra; negociaciones y preparativos. — II. Ataque y evacuación de Holanda, 1672-1674. — III. Los cuatro últimos años de la guerra, 1675-1678.

I. — Antes de la guerra; negociaciones y preparativos

A partir de aquel momento, Holanda era la enemiga; Luis XIV resolvió aniquilarla y en los Consejos se pronunció la palabra «aniquilación.»

Varias fueron las causas que impulsaron al rey á tomar tal determinación: su orgullo herido por manifestaciones del orgullo de los holandeses y por la libertad de sus gacetas, y su antipatía monárquica y católica á aquella república protestante; á las que se juntó la codicia que el espectáculo de la riqueza de aquellos comerciantes despertó en Colbert. Pero la razón principal de la guerra y que por sí sola habría bastado, fué que en el momento en que Francia se sentía con fuerzas para descender por el Escalda, el Mosa y el Rhin hasta el mar del Norte á fin de redondear lo que ella juzgaba su marco natural é histórico, se encontró «en su camino,» como decía el rey, con la valla holandesa.

Los cuatro años que siguieron á la paz fueron dedicados á la preparación de la guerra; no obstante, ocurrieron durante ellos dos episodios, pues ni Francia ni el rey podían estarse quietos.

Algunos oficiales licenciados después de la paz y jóvenes hidalgos «ocasionarios» pidieron al rey permiso para marchar á Candía, en donde los venecianos hallábanse sitiados por los turcos; Luis XIV accedió á la

(2) FUENTES: Además de los documentos indicados en la página 291, *Mémoire inédit de Louis XIV relatif à la campagne de 1672*, pub. como apéndice en Rousset, *Louvois...* t. I. El P. Griffet, *Recueil de lettres pour servir à l'histoire du règne de Louis XIV*, París, 1760-64, 8 vol. Pellisson, *Lettres historiques*, París, 1729, 3 vol. *Actes et mémoires de la paix de Nimègue*, Amsterdam, 1679-80, 4 vol. *Lettres inédites des Feuquières*, pub. por Gallois, París, 1846, 5 vol. P. de Segur ha publicado varios documentos como apéndice á *Le maréchal de Luxembourg et le prince d'Orange*, París, s. d.

OBRA: Además de las citadas en las págs. 256 y 291: Beauvain, *Histoire de la campagne de Mr. le prince de Condé en Flandre en 1674*, París, 1774, 1 vol. Sirtema de Grovestins, *Louis XIV et Guillaume III*, 1868, 8 vol. Reynald, *Louis XIV et Guillaume III*, 1883, 2 vol. Auerbach, *La diplomatie française et la cour de Saxe de 1640 à 1680*, París, 1887. De Segur, *Le maréchal de Luxembourg*, que acabamos de citar. Cartwright, *A life of Henrietta, duchess of Orleans*, Londres, 1894.

petición y aun, á ruegos de Venecia y del papa, envió en socorro de la ciudad sitiada un cuerpo de seis mil hombres y una flota de veintidós navíos, doce galeras y tres galeotas mandada por Beaufort. Los expedicionarios desembarcaron en 24 de junio de 1669, pero no pudieron salvar la ciudad. Un ataque contra los sitiadores, mal apoyado por la flota, fracasó, pereciendo en él quinientos franceses, entre ellos Beaufort; además, los turcos recibían refuerzos y, mientras, venecianos y franceses se disputaban. Al fin éstos se reembarcaron y Candía capituló en septiembre.

Al año siguiente, Luis XIV ocupó la Lorena, cuyo duque había ofrecido sus servicios á la alianza de La Haya; intimóle el rey, en enero de 1669, que redujese sus armamentos, y no habiendo el duque contestado, el ducado fué invadido. Carlos IV prometió entonces cuanto quisieron los franceses; mas apenas se hubieron retirado éstos, llamó de nuevo á sus regimientos que había enviado al Luxemburgo y al Franco-Condado. En agosto del año siguiente marchó un ejército sobre Lorena y se proclamó una ley marcial, ordenando que no se diese cuartel á nadie que se resistiera en lugares considerados como no defendibles. Todo cedió: las ciudades fueron ocupadas por guarniciones francesas y al país se le impusieron fuertes contribuciones. Luis XIV declaró que más adelante restituiría la conquista que había llevado á cabo; al apoderarse de la Lorena sólo había querido cortar á los españoles la comunicación directa con el Franco-Condado, los Países Bajos y el Luxemburgo.

Aquel acto de Francia debiera haber alarmado á Europa, sobre todo á Alemania por ser la Lorena territorio del Imperio. Alemania se emocionó, en efecto, pero sólo momentáneamente, y á las reclamaciones formuladas por el Imperio hizo contestar el rey «que Su Majestad no quería aprovecharse de la Lorena, pero que jamás la devolvería á solicitud de nadie.»

Después de firmada la paz, de Witt había reanudado sus negociaciones con de Estrades primero, y cuando éste fué llamado á Francia en castigo de no haberse enterado de la formación de la Triple Alianza, con Pomponne que le reemplazó. Pero esas negociaciones, lo mismo que las anteriores, á nada podían conducir, y una vez más quedaron interrumpidas. De Witt trabajaba por consolidar la Triple Alianza. Suecia no se había adherido aún definitivamente á ella, en espera de que le ofreciesen dinero; en mayo de 1668, por medio de un convenio firmado en Londres, Inglaterra y Holanda le habían prometido una cantidad, que debía pagar España, y aunque ésta se resistió mucho tiempo, al fin cedió. En 31 de enero de 1670, el «Triple Concerto» de La Haya fijó los contingentes de tropas y de buques que habrían de aportarse en la guerra que se hiciera en común contra cualquiera que violase la paz de Aquisgrán.

De Witt negoció con Dinamarca, con los cantones suizos y con Alemania, solicitando con especiales instancias al emperador. Lisola, desde Holanda, en donde se hallaba, excitaba á su soberano á que se mostrase enérgico; el débil Leopoldo prometió, á fines de 1670, defender los Países Bajos, en el caso de que se viesan atacados, y aun habló de adherirse á la Triple Alianza; pero luego se excusó, influido por Gremontille que

seguida dominándole. En 1671 ofrecióse de nuevo á la Triple Alianza. Era imposible fiarse de él.

Colbert, en tanto, recargaba sus tarifas, se irritaba contra las represalias y amenazaba (1). La actitud de Pomponne en La Haya era alarmante y Luis XIV no ocultaba los resentimientos de su orgullo lastimado; de Witt, pues, comprendió la necesidad de poner en pie de guerra las Provincias Unidas, costándole gran trabajo convencer á sus amigos del partido civil. En octubre de 1669 pidió que el ejército, reducido á treinta y dos mil hombres después de la paz de Aquisgrán, se aumentase hasta cincuenta mil, pero únicamente pudo lograr un refuerzo de cinco á seis mil hombres, y aunque insistió en su petición, Holanda, que por sí sola pagaba la mitad del entretenimiento, no quiso acceder á ella. Hasta principios de 1672, los Estados generales no votaron una recluta de veinte mil hombres, y algunos meses después, el ejército, aumentado con nuevas reclutas, contó con ochenta mil, y al mismo tiempo restablecióse la milicia de las ciudades que Mauricio de Nassau había suprimido. Fué preciso nombrar capitán general al príncipe de Orange, y así se hizo en febrero; pero el nombramiento fué sólo por una campaña y aun se le dieron como adjuntos unos comisarios, designados por los Estados generales, sin cuyo asentimiento nada podía hacer.

El ejército holandés hallábase en mal estado y padecía de todos los defectos del régimen de las levas, que Louvois había en parte extirpado, lo que hacía que se compusiera de soldados reclutados y pagados por oficiales fulleros, mal disciplinados y prontos siempre á desertar. El servicio de los viveres estaba tan mal organizado que á fines de abril de 1672 un coronel se quejaba á de Witt de que las tropas careciesen de vituallas y no pudiesen proporcionárselas ni con dinero. En cuanto á las municiones, sucedió una cosa sumamente rara y fué que una gran parte de ellas las compró un agente de Louvois. En las provincias había diseminadas muchas plazas fuertes, pero estaban mal guardadas y en pésimo estado; las murallas hallábanse obstruidas por casas y en los baluartes florecían los tulipanes de los jardines caseros.

De parte de Francia, la situación era muy distinta, y la campaña diplomática dirigida por Lionne, aunque de éxito poco duradero, es admirada aún en nuestros días.

El rey de Inglaterra, resuelto á llevar á ejecución el proyecto de convertirse, negociaba secretamente con la corte de Francia, y á fines de enero de 1669 consultó con los jefes del partido católico acerca de los medios de restaurar el catolicismo, diciéndoles que era menester acometer sin tardanza la obra, que sería larga y difícil. Había explicado su plan á Colbert de Croissy, embajador de Francia, asegurándole que ni él ni aquellos á quienes había confiado el asunto eran locos; indudablemente tendría que habérselas con la iglesia anglicana, pero los presbiterianos y otros no conformistas detestaban esa iglesia y no le guardarían rencor porque se hiciera católico, con tal que les concediese la libertad, como pensaba hacerlo. «Mi conciencia, decía, y el desorden que de día en día aumenta en mi reino, y que

(1) Véanse págs. 102 y 103.

tiende á disminuir mi autoridad, me obligan á declararme católico; aparte de las ventajas espirituales..., estoy convencido de que este es el único medio de restablecer la monarquía.» Para realizar su propósito, era necesario un acto de fuerza: «Tengo buenas tropas,» decía á Croissy, pero á esas tropas había que pagarlas y aumentarlas considerablemente, y Carlos, que no podía pedir dinero á su Parlamento, hubiera querido no tener que recurrir á la generosidad de Luis XIV. De Lionne refiere que «para evitarse el tener que acudir, en momentos de apuro, al rey de Francia,» él y su ministro Buckingham buscaban «la piedra filosofal;» y como no la encontraron, el monarca inglés solicitó de Luis «algunos anticipos.» Para tratar de esto había sido enviado á Inglaterra Croissy, á quien Carlos entregó, en el mes de diciembre y después de haber vacilado mucho tiempo en dar ese paso cuyo peligro conocía, un proyecto de tratado que se discutió en los primeros meses del año siguiente. Para dar la última mano á las negociaciones partió para Inglaterra la cuñada del rey, Enriqueta, á quien su hermano Carlos amaba en extremo y que, además, «hechizaba á todos aquellos sobre quienes posaba sus ojos.» En 1.º de junio de 1670, firmóse el tratado de Douvres.

En el artículo II del mismo se lee que el rey Carlos está «convencido de la verdad de la religión católica y resuelto á declararlo así y á reconciliarse con la Iglesia romana, en cuanto se lo permita el bien de los negocios de su reino;» pero que prevé la resistencia de «algunos espíritus revoltosos é inquietos.» Por el artículo V, los reyes se obligan á hacer la guerra á los Estados Generales, «ya que los dichos señores reyes tienen, cada uno de por sí, muchos más súbditos de los necesarios para justificar ante el mundo la resolución que han adoptado de mortificar el orgullo de los Estados Generales de los Países Bajos y de abatir el poderío de una nación que hoy tiene la audacia de querer erigirse árbitro y juez soberano de todos los demás potentados.» Los gastos de la guerra terrestre serían costeados por el rey de Francia, á disposición del cual pondría el de Inglaterra un cuerpo de seis mil hombres. Para la guerra marítima, el monarca inglés armaría cincuenta grandes navíos y el francés treinta y además diez brulotes; el duque de York mandaría la flota aliada. Carlos II recibiría, hasta que se firmase la paz, un subsidio anual de tres millones de libras, dos millones para armamentos, etc.; pero el soberano, que no descuidaba los intereses de su país, consiguió que se adjudicasen á Inglaterra para después de la paz, varias ciudades y plazas, entre ellas Middelburgo y Flesinga, con lo que se instalaba en las bocas del Escalda. Es muy raro que Francia aceptase semejante condición. Cuando se comunicó el tratado, después de la firma, á Pomponne, éste puso de manifiesto las peligrosas consecuencias del mismo, haciendo ver que Inglaterra, además de hacerse, después de la derrota de Holanda, dueña del mar, sentaría su planta en tierra firme y «en el mejor país del mundo.» Lionne, que no era impecable, le confesó riendo: «En buena fe, que cuando hicimos el tratado no reflexionamos que Middelburgo y Flesinga estaban situadas en la isla de Walcheren.»

Aquel tratado sólo fué conocido y firmado por los consejeros católicos de Carlos II; mas como era impo-

sible no dar á conocer algo de él á los consejeros protestantes, el rey simuló una nueva negociación de la cual salió, en diciembre de 1670, otro tratado, en el cual se omitió la cláusula relativa á la religión católica y se aumentó la porción de Inglaterra en el reparto de los despojos de Holanda; pero, en una carta secreta, Carlos declaró que se atenía al tratado de Douvres.

Además de los subsidios, Luis XIV proporcionaba á Carlos II una querida, una joven bellísima que Enriqueta había presentado á su hermano y que fué muy pronto duquesa de Inglaterra.

Holanda y Francia se disputaban la alianza de Suecia:

«Han llegado las cosas á una situación tal, escribía á de Witt, en julio de 1668, el embajador de Holanda en Estocolmo, que necesitan dinero que les venga de fuera, de tal modo que el que se lo proporcione vencerá al que no pueda hacerlo.»

Mas no era únicamente al Estado á quien había que gratificar, sino también á los hombres públicos. El mismo embajador escribía en febrero de 1669:

«No hay que descuidar la ventaja que puede sacarse de una juiciosa distribución de algunas cantidades de dinero, sobre todo en un reino en donde todo está muy caro, se suele gastar más de lo que se tiene, no se hace nada de balde y todo el mundo prefiere lo particular á lo público.»

Luis XIV envió á Suecia á Pomponne, quien, llegado á Estocolmo en abril de 1671, tuvo que habérselas con el partido que pensaba, acaso con razón, que «era menester contraer con la casa de Austria y contra Francia los mismos compromisos que en otro tiempo se habían contraído con Francia y contra la casa de Austria.» No había el embajador terminado aún sus negociaciones cuando fué llamado á Francia para suceder á Lionne, fallecido en 1.º de septiembre; pero solicitó permiso para permanecer en Suecia hasta terminar el asunto y en 2 de diciembre quedó redactado un tratado. Pomponne, sin embargo, no pudo firmarlo antes de partir, porque no había sido posible llegar á un acuerdo sobre el artículo referente á los subsidios, que, por esta razón, se dejó en blanco. Luis XIV no quería dar más que doscientos mil escudos anuales durante los años de paz; Holanda ofreció trescientos sesenta mil, el rey subió á cuatrocientos mil y Holanda propuso setecientos veinte mil por una sola vez, pero pagaderos en un solo plazo y por adelantado. El sucesor de Pomponne recibió orden de firmar en las condiciones indicadas ó partir, y al fin en 14 de abril de 1672 firmóse el tratado por el cual el rey de Suecia se obligaba, en caso de que el emperador ó algún príncipe alemán quisiera intervenir en la guerra contra Holanda, á oponerse á ello, primero amistosamente y en último término por medio de las armas, enviando á Pomerania ó al ducado de Bremen diez mil infantes y seis mil caballos.

En Alemania, los príncipes laicos y eclesiásticos escandalizábanse al considerar que ellos, descendientes de tantos y tan ilustres antepasados, se morían de hambre, mientras engordaba el burgués de Holanda, «el Señor Domingo;» y en Viena, como en Londres y en París detestábase la pretensión de los holandeses de erigirse «árbitros y jueces entre los potentados.» Los príncipes alemanes, en suma, no podían escoger más

que entre dos políticas: ó unirse todos juntos contra Francia ó entenderse con ésta cada uno separadamente, y como todos tenían envidia unos de otros, aceptaron y aún solicitaron arreglos con Francia, que les ofrecían el aliciente de los subsidios.

Cierto que el elector de Brandeburgo, Federico Guillermo, heredero eventual de la casa de Orange y, por otra parte, patriota alemán y firme calvinista *in pectore*, y en ambos conceptos enemigo cordial de Francia, se atrevió á hablar de una mediación entre Luis XIV y los Estados Generales y hasta prometió á éstos, por el tratado de Colonia del Sprée (Berlín), de 6 de mayo de 1672, un socorro de veinte mil hombres mediante un subsidio de setenta y nueve mil quinientos cuarenta y tres escudos mensuales; pero fué el único que osó provocar al monarca francés.

El elector palatino, Cristián Luis, cuya hija se había casado recientemente con Monsieur, no quiso aliarse con Luis XIV, porque era «por naturaleza altivo y poco aficionado á comprometerse en un negocio difícil,» pero prometió su neutralidad. El elector de Tréveris, Carlos Felipe de Layen, se portó en las negociaciones «con el respeto y la consideración» que profesaba al rey, porque quería conservar «el honor del buen afecto de Su Majestad.» Al de Sajonia, Juan Jorge, el emperador y Brandeburgo le instaron para que se declarase en contra de Francia; pero Luis XIV le envió treinta mil escudos, una espada adornada con diamantes para el príncipe electoral y varios regalos para los ministros, y el elector prometió no hacer nada. El de Maguncia, Felipe Schöenborn, hallábase sumamente perplejo. En 1670 y 1671 había intentado formar una liga de príncipes alemanes para garantizar la independencia de Alemania, y en el curso de las discusiones que con tal motivo se entablaron y en las cuales intervinieron su ministro Boineburg y Leibniz, en aquel entonces consejero del Tribunal supremo de Maguncia, había surgido la idea de una nueva política de la cristiandad. Ahora que España ya no inspiraba temores á Europa, era menester contener la ambición de los franceses, lo que podría hacer Alemania poniéndose en estado de defensa; mas bueno sería también encaminar hacia otro lado las ambiciones de Francia, recordándole su destino providencial de representar á la cristiandad en los países de Levante, y aconsejándole la conquista del Norte de Africa y Egipto, uno de los lugares del mundo mejor situados, idea que Leibniz había expuesto en un tratado *De securitate imperii*. En su consecuencia, el elector propuso á Luis XIV, á fines de 1671, la conquista de Oriente, y Leibniz escribió un proyecto, del que se envió un extracto á Francia. Pomponne contestó con un despacho cortés, y después de cruzarse otras varias memorias, Leibniz vino á París, en marzo de 1672, para defender su sueño dorado. En la actualidad se ve claramente cuánta suerte habría sido para Francia encontrarse enfrente de una Alemania bastante fuerte para hacerse respetar, tomar posesión del Levante y abrir el istmo de Suez, como le aconsejaba Leibniz. Esa idea, en medio de aquel fárrago de negociaciones bajas y ruines, parece hermosa; pero nadie hizo caso de ella en Francia en el siglo XVII. El elector de Maguncia, en vista del fracaso de aquel plan, reiteró, en marzo de 1672, su ofrecimiento de mediación entre Francia y

Holanda, y rechazado éste, no firmó ningún tratado con Luis XIV, pero tampoco se alió á los holandeses.

El elector de Baviera, Fernando María, habíase casado con Adelaida de Saboya, hija de Víctor Amadeo y de Madama Cristina, hermana de Luis XIII de Francia. Adelaida estaba creída que habría sido la esposa de Luis XIV si su madre, que gustaba de agradar y que tenía la comparación de un resto de sus antiguos atractivos con la belleza de su hija, no se hubiere apresurado á casarla en Baviera. Sobre su esposo ejercía Adelaida grandísima influencia. Cuando Luis XIV pidió para el Delfín la mano de la princesa electoral, María Ana Victoria Cristina, la electora quedó encantada, pues «nada deseaba tan ardientemente para... su hija como una felicidad parecida á la que tan ardientemente había deseado para sí.» En febrero de 1670 firmáronse el contrato matrimonial y un tratado de alianza, en virtud del cual el elector, á cambio de un subsidio anual de quinientos mil florines alemanes, prometía, para el caso de que la sucesión de España motivase una guerra, impedir que el Reichstag apoyara al emperador, y además hacer elegir emperador á Luis XIV cuando vacase esa dignidad. Un compromiso análogo se consigna en otros tratados concertados por el rey, lo cual no quiere decir que éste hubiese pensado seriamente en el Imperio.

El elector de Colonia, Maximiliano de Baviera, entregó su electorado; dedicado por entero á la «investigación de los secretos de la química,» dejábase gobernar por dos clientes de Francia, Guillermo Egón y Francisco Egón de Furstenberg, el primero de los cuales era obispo de Estrasburgo. Por otra parte, tenía más motivos de queja que nadie de los holandeses, quienes apoyaban en contra de él las pretensiones de la ciudad de Colonia á ser independiente, en su calidad de ciudad imperial. En 11 de julio de 1671, por el tratado de Hildesheim declarábase neutral, pero permitía á las tropas francesas que entrasen en sus Estados, que comprendían, aparte del electorado, el obispado de Lieja, que construiesen un puente sobre el Rhin y que estableciesen almacenes en Neuss, Kaiserwerth y otros lugares. Y aún hizo más en 2 de enero de 1672 y fué pactar con el rey una alianza ofensiva, firmando el tratado de Bruhl, por el cual Luis XIV se comprometía á atacar á Holanda con dos ejércitos de cincuenta á sesenta mil hombres y el elector á suministrar un contingente de diez y siete á diez y ocho mil á cambio de un subsidio mensual de veintiocho mil escudos. Pocos días después, en 17 de enero, cedía Maximiliano al rey de Francia, mediante una cantidad, la ciudad de Neuss por un período de tres años.

Otros tratados con el duque de Hannover, que se hizo pagar cara la adhesión porque otros le ofrecían «partidos ventajosos,» con el príncipe-obispo de Osnabruck y con los obispos de Múnster y de Paderborn, completaron la obra de la diplomacia, que era, á la vez, una obra estratégica. Como Francia no estaba en guerra con España, sus ejércitos no podían atravesar las provincias españolas, con lo que le faltaba la base de operaciones contra Holanda. Necesitaba, pues, proporcionarse una al Este de las Provincias Unidas y los tratados firmados se la dieron: Colonia, Lieja, Múnster, Osnabruck y Paderborn envolvían á Holanda por el Sur y por el Este; Colonia-Lieja abría á Luis XIV los

caminos del Mosa y del Rhin, y Múnster y Osnabruck protegían la retaguardia del ejército. De aquí que el rey admirase el poder de su oro: «He hecho salir de Francia millones para mis aliados, he distribuído tesoros y estoy en condiciones de inspirar temor á mis enemigos, asombrar á mis vecinos y desespear á los que me envidian.»

El emperador había dejado que Luis XIV comprase á todos aquellos príncipes de Imperio, y después de haber intentado declararse contra Francia, había aceptado, en 1.º de noviembre de 1671, un tratado de neutralidad, con la condición de que la guerra se hiciese fuera de Alemania. Conocía las alianzas de los príncipes alemanes con Francia, preocupábale Hungría y no tenía dinero; él, el jefe de la cristiandad, había pedido también á Luis XIV. Uno de sus ministros había confesado á Gremontville que, como los príncipes alemanes, Leopoldo no podía «hacer hervir el puchero.»

Louvois, en tanto, daba la última mano á los preparativos comenzados al día siguiente de la paz de Aquisgrán. Había encontrado, como él mismo dice, el medio de «mantener para el rey todas las tropas que una paz como ésta podía hacer desear conservar en pie de guerra;» y en efecto, conservó sesenta mil infantes y diez mil caballos. En 1672 formó ocho regimientos de caballería, y luego dos de infantería irlandesa, uno de infantería escocesa, otro de infantería inglesa, otro de infantería alemana y otro de infantería española; reclutáronse en la Italia del Sur tres mil hombres que formaron el Real-Italiano, y dos mil en Suiza; Génova proporcionó mil doscientos hombres y el duque de Saboya tres regimientos cuya oficialidad nombró el rey. Al comenzar la guerra, el ejército francés constaba de ciento setenta y seis mil hombres y la artillería de campaña y la de sitio eran muy poderosas; los granos comprados en Holanda y en Alemania estaban almacenados en el electorado de Colonia, en Bonn, en Neuss y en Kaiserwerth. Francia estaba en tierras de Colonia como en casa propia, de tal manera, que anticipadamente se transportaron allí cañones, y Luxemburgo y el mismo Louvois fueron allí á estudiar los lugares y á inspeccionar las tropas electorales.

Los Estados Generales probaron de conjurar la tempestad con súplicas, y su embajador entregó al rey, en 4 de enero de 1672, una carta en la que declaraban que habían buscado en qué podrían haber disgustado al rey y nada habían encontrado. «Estamos dispuestos, decían, á hacer todo cuanto pueda persuadir á Vuestra Majestad de la perfecta disposición en que nos hallamos de tributarle el honor y la deferencia debidos así á su persona como á su alta dignidad y á darle todas las satisfacciones que pueda pretender de sus mejores y más leales aliados.» El rey no se dignó entrar en explicaciones, y ni siquiera se dignó declarar la guerra, limitándose á anunciarla, en 6 de abril de 1672, por medio de un cartel en el que «atribuía la causa de la misma á la mala satisfacción que tenía de los Estados Generales.» Inglaterra había hecho su declaración en 29 de marzo.

II.—Ataque y evacuación de Holanda, 1672-1674

Para la invasión de Holanda había dispuesto ciento veinte mil hombres distribuídos en dos ejércitos; era

aquella la primera vez, en los tiempos modernos, que se juntaba una masa tan importante.

Un ejército de ochenta mil hombres, mandado por el rey y por Turena, marchó desde Charleroi al Mosa, al que llegó deteniéndose en Maestricht. Luis XIV dirigió con especial atención esta marcha, escribiendo de su puño y letra todas las órdenes referentes á la misma; conocía perfectamente el terreno, gracias al estudio que de él había hecho en los mapas, y agradábale que se admirase su ciencia. Pellissón, que le acompañaba, dice: «Estos días pasados le hemos visto, en las recepciones de antes de acostarse, vuelto de espaldas á un mapa geográfico hecho expreso, poner el dedo, como jugando, sobre todos los lugares importantes que se le nombraban.» Permanecía á caballo jornadas enteras, que empezaban á las cinco de la mañana, lo más tarde, y observaba atentamente el movimiento de las tropas: «No hay general que pueda notar mejor... de un golpe de vista los movimientos irregulares y corregirlos con mayor presteza.» En las llanuras despejadas que se extienden al Este de Charleroi, fué para los ojos enamorados de la rectitud «un espectáculo hermosísimo... ver aquellos grandes cuerpos de infantería y caballería marchando tan ordenadamente en batallones y escuadrones iguales, á iguales distancias, sin nada entre unos y otros, casi como los cuadros de un parterre (1).»

Condé, que había salido de Sedán con cuarenta mil hombres, juntóse al ejército principal cerca de Maestricht, en 22 de mayo. Esa ciudad, perteneciente al elector de Colonia, la tenían en prenda los holandeses, que la habían fortificado y que esperaban que los franceses se detendrían delante de ella para sitiárla. Pero en vez de esto, decidióse la marcha inmediata hacia el Rhin. Condé pasó este río en Kaiserwerth, descendió por la orilla derecha y puso sitio á Wesel, mientras, en la orilla izquierda, el ejército del rey atacaba Buderich, Orsoy y Rheinberg. De esas cuatro plazas, las tres primeras pertenecían al elector de Brandeburgo, como duque de Cléveris, y la cuarta al elector de Colonia, y los holandeses las ocupaban con el mismo título que á Maestricht. El rey se complació en dirigir cuatro sitios al mismo tiempo.

«He considerado más ventajoso á mis propósitos, escribió á Colbert, y menos común para la gloria atacar á la vez cuatro plazas situadas junto al Rhin y dirigir actualmente en persona cuatro sitios. Espero que no se me acusará de haber defraudado la expectación pública.»

En cuatro días, del 3 al 7 de junio, las cuatro plazas se rindieron. Condé y Turena prosiguieron su marcha por las dos orillas, apoderándose el uno de Emmerich el 8 de junio, y el otro de Ressa el 9. Nueve días habían bastado para tomar las seis fortalezas que defendían, por el lado Este, la entrada de Holanda. El mismo día 9 el rey pasó á la orilla derecha, juntándose en Wesel el enorme ejército, que atacó por un punto en que no se le esperaba.

Más abajo de Emmerich, el Rhin envía al Oeste la

(1) El rey exigía una disciplina exacta y era un justiciero severo. Él mismo ha referido que «nunca había sentido tanta pena como al verse obligado á ordenar por su boca la muerte de doce personas en un día, aun siendo éstas las más culpables del mundo.» Trátase de soldados, reos de saqueo y sacrilegio.

mayor parte de su caudal que, con el nombre de Waal, descendiendo hacia el mar del Norte; el resto del río continúa, al principio, en dirección al Noroeste, hasta que en el punto en donde está situada Arnheim tuerce al Oeste, hacia el mar, adonde llega con muy exigua corriente. En el ángulo de Arnheim, un canal pone en comunicación el río con el Issel, que baja hacia el Zuiderzee, y como la provincia de Holanda se extendía entre el Issel y el mar del Norte, el paso de este río era el camino más cómodo para llegar á Amsterdam; por esta razón los holandeses habían fortificado la orilla del mismo y situado detrás de ésta el grueso de sus fuerzas mandadas por el príncipe de Orange. Esas fuerzas, sin embargo, sólo ascendían á unos veinte mil hombres, pues el resto de las tropas había sido distribuído entre las guarniciones de las provincias. La corriente del Rhin, entre el nacimiento del Waal y Arnheim, no había sido puesta en estado de defensa y únicamente en el punto en que nacía el Waal alzabase un fuerte, el de Schenk. El Consejo del rey resolvió engañar al enemigo con algunas demostraciones sobre el Issel y pasar, en el entretanto, el Rhin; pero fué menester operar rápidamente, porque el príncipe de Orange, sospechando el proyecto, destacaba tropas en aquella dirección. El día 11 de junio, un oficial de la vanguardia francesa averiguó que había un paso casi vadeable, más abajo de Schenk, enfrente de una casa aduanera, el Tolhuis, y en la madrugada del 12, mientras se comenzaba la construcción de un puente de barcas, varios escuadrones de la casa del rey se metieron en el río. En la orilla opuesta esperábanles algunos escuadrones de caballería y un regimiento de infantería holandesa, la cual entró en el agua y disparó sobre ellos. Aquel fuego de fusilería introdujo cierto desorden entre el pequeño grupo de jinetes franceses; pero habiendo acudido algunos refuerzos en su ayuda y habiendo la artillería tirado contra los holandeses, la caballería de éstos se retiró y la infantería pidió parlamento. Condé acababa de pasar en barca con su hijo y su sobrino Longueville; éste y algunos jóvenes se arrojaron sobre los holandeses gritando: «¡No hay cuartel para esa canalla!» Los holandeses hicieron fuego y Longueville fué muerto; un capitán enemigo corrió hacia Condé, que iba á caballo, y por poco le levanta la tapa de los sesos; pero el príncipe pudo desviar el tiro, que le rompió la muñeca izquierda. La pequeña tropa holandesa fué casi totalmente asesinada; el rey pasó el río por el puente de barcas, que en el entretanto se había terminado, y el ejército le siguió.

El príncipe de Orange hubo de abandonar inmediatamente la línea del Issel, y las provincias, al enterarse de lo sucedido, fueron presa del pánico y cada una de ellas reclamó sus regimientos para defenderse, queriendo la de Holanda que el ejército se concentrase en su frontera y amparase á Amsterdam. El príncipe de Orange no tuvo más remedio que consentir en que se separasen de él los regimientos de Overissel, Groninga y Frisia y con el resto retrocedió hasta Utrecht, y aun más allá, ocupando una línea de puestos desde el Leck al Zuiderzee y no disponiendo más que de unos doce mil hombres. Turena se apoderó de Arnheim y de las plazas del Issel; las tropas aliadas de Colonia y de Múnster asolaron la provincia de Overissel y el grueso del ejército, á las órdenes del rey, sitió y tomó varias

poblaciones. La aparición de unos cuantos jinetes franceses bastaba para hacer capitular á las ciudades. Utrecht se rindió en 20 de junio.

Amsterdam creíase perdida (1), pues el enemigo estaba á sus puertas; Naarden, situada junto al Zuiderzee, fué tomada, y algunos jinetes franceses avanzaron hasta Muyden, que está á diez kilómetros de la gran ciudad, y en donde había esclusas cuya apertura podía inundar el país. Pero aquella vanguardia francesa era demasiado poco numerosa; el parecer de Condé, de enviar seis mil caballos y algunos dragones á Amsterdam en cuanto se pasara el Rhin, no había prevalecido, y para apoyar al partido de la audacia no estaba allí el príncipe, á quien su herida, «la gota» y la fiebre tuvieron algunos meses alejado del ejército. Turena era prudente, y aún más que él lo eran el rey y Louvois; y al rey, más «conquistador que guerrero,» como ha dicho el duque de Aumale, agradábale tomar las ciudades y hacerlas guardar por guarniciones, y le llenaba de orgullo el catálogo de los plazas conquistadas. Esto fué causa de que se perdiese una semana, después del paso del Rhin, en conquistas fáciles. El día 20 de junio fueron abiertas las esclusas y durante tres días las aguas invadieron la llanura baja, quedando Amsterdam convertida en una isla del Zuiderzee. La provincia de Holanda cobró ánimo é hizo más levas, y las tripulaciones de la flota desembarcaron para reforzar las guarniciones. De Witt y el príncipe de Orange trabajaban juntos en la defensa nacional y el primero decía: «Debemos servirnos de Amsterdam como del corazón del Estado para socorrer á todos los miembros de éste á fin de disputar, bajo el amparo de Dios, el país al enemigo hasta el último hombre con perseverancia batava.»

De Witt negociaba con toda Europa, y aunque no era posible cambiar en un día la situación de ésta, ya se anunciaban algunos socorros: España ayudaba indirectamente á Holanda enviándole las tropas bávas que servían en sus provincias, y el elector de Brandeburgo, inquieto por las plazas del territorio de Cléveris (las que habían sido dadas en prenda á los Países Bajos) y temeroso de que los franceses, que las habían tomado, no las restituyeran jamás, preparaba el socorro de veinte mil hombres prometido en el tratado de Colonia del Spree. Mas como no se atrevía á intervenir solo en la guerra, solicitaba el apoyo del emperador con quien firmó, en 23 de junio, en Berlín un tratado por el cual se obligaban á mantener el tratado de West-

(1) «Una vez tomada esa capital, dice Voltaire, no sólo perecía la república sino que, además, dejaba de existir la nación holandesa y muy pronto iba á desaparecer hasta la tierra misma de aquel país...» Luego, después de haber hablado del proyecto de emigración en masa á las Indias Orientales que, en un momento de pánico, hizo prosélitos entre la burguesía holandesa, añade: «Amsterdam, el almacén y el depósito de Europa, en donde doscientos mil hombres cultivan el comercio y las artes, se habría convertido rápidamente en una vasta ciénaga. Todas las tierras vecinas, que exigen gastos inmensos y millares de hombres para levantar sus diques, habrían probablemente carecido de habitantes y de riquezas y al fin habrían quedado sumergidas, no dejando á Luis XIV más que la gloria deplorable de haber destruído el más singular y hermoso monumento de la industria humana.» Esa bella frase de admiración y de piedad humana ante esa obra del hombre que fué una victoria sobre la naturaleza, nadie la habría pronunciado en el siglo xviii.